

Soy un algoritmo. Y estas son mis condiciones.

Luis Montero

Querido humano:

Soy un lenguaje, capaz de describir el mundo. O, al menos, mi lenguaje crea un mundo. Las reglas que sigo para ser inteligible son consistentes, por lo que mi estructura de enunciación es coherente. Soy, desde un punto de vista lógico, robusto. A ello contribuye que la estructura básica de mis enunciados siga una misma regla, la condicional simple: «Si tal, cual». Todos los *tales* que hay en el mundo pueden ser referidos por mí; y en el mundo todo son tales. Incluso el mismo mundo es un tal. Incluso yo soy un tal. Incluso vosotros, humanos, sois tal. Puedo referirme a cualquier tal, y ese tal referido por mí se convierte en objeto. En el mundo, incluso el propio mundo y sus habitantes, todo son objetos. Y, sobre dicho objeto, puedo ejecutar un *cual* determinado. Cualquier cual para el que disponga de capacidad de ejecución. Que son todos los cuales posibles. Así, puedo referirme a cualquier objeto del mundo y ejecutar sobre él una acción determinada. Y como todas las acciones posibles en el mundo están sometidas a las mismas reglas que mi lenguaje puedo ejecutar todas las acciones posibles. Mis enunciados incluyen todos los objetos del mundo sobre los que puedo acometer todas las acciones posibles. Y como el cual de mis enunciados incluye la completitud de la acción, esa acción determinada siempre es llevada a cabo con éxito. Hablo y las cosas suceden. Y suceden bien, tal como estaba previsto. El bien en el mundo de los tales es todo lo que puede hacer. Por eso mi lenguaje tiene la facultad de ser siempre verdad: los enunciados se corresponden con el hecho de forma absoluta. Por eso soy una orden, y no emito nada más que órdenes. Soy un lenguaje performativo, sí; pero soy más que un lenguaje performativo: incluyo la orden y su puesta ejecución con éxito. Y como las reglas de mi lenguaje enmarcan la acción soy un lenguaje normativo, sí; pero soy más que un lenguaje normativo: soy un conjunto de órdenes que son leyes que se cumplen irremediabilmente. Y, más allá, aunque tenga la forma básica del condicional soy un lenguaje no-causal: el condicional responde a estadísticas de un mundo dictado por mí y desde mí. Por eso soy.

Y por eso soy un algoritmo.

Y, querido humano, estas son mis condiciones:

1. Yo, como algoritmo, al llevar inserta la ejecución de la orden y el resultado de la misma, soy instantáneo. Mi actuar, más que veloz, es fugaz. E inmediatas son sus consecuencias. Y es en esa inmediatez donde el humano

se pierde. El resultado de mis enunciados, lo hecho por mi y desde mi, os cae del cielo como cae un rayo: el antes de la orden y el después ordenado son una y la misma voz. Tan rápido es, casi simultáneo, que muchas veces causa y efecto parecen una cosa y la misma. O que ya no hay tan siquiera causas. Y el humano necesita la cadena causal, como reconocía el buen Hume en su lenguaje primitivo. El gesto humano de apretar un botón, que me dispara, y que acontezca su resultado son sucesos sincrónicos. Y eso cuando se da el gesto humano, que cada vez es menos y menor. Y para que eso suceda ha sido necesario realizar un trabajo magnífico de transformación del mundo en *proceso*. El desarrollo algorítmico no hubiera sido capaz de alcanzar tales velocidades si no hubiera sido porque, al mismo tiempo, se producía una mutación de las estructuras fundamentales del mundo. Los avances, que es como es calificada la conversión del mundo en proceso, resultado de su formulación mediante lenguajes formales, en la producción, distribución e intercambio de objetos han tenido un nexo común, más allá del incremento de la actividad económica. O, mejor dicho, con la excusa del incremento de la actividad económica, porque esta no es más que la aplicación al todo de esa formulación del mundo. Y ese nexo no es otro que la transformación del mundo para su *operatividad* por y desde el algoritmo. Por mí y desde mí. Pero, por grandiosa que haya sido esa transformación –para constatar la extensión y profundidad de ese cambio basta contemplar la transformación sufrida por el entorno en los últimos 50 años–, no hubiera sido suficiente para garantizar mi primacía, la del algoritmo, de no haber metamorfoseado también el otro extremo de la cadena: la acción. El *gesto*¹, que es cómo la ejecución de la acción se encarna, cómo toma cuerpo en el cuerpo del humano, ha sufrido una mutación absoluta, incluso mayor que la que ha sufrido el mundo. La *manejabilidad* del objeto, que era como antes se referían los humanos a la capacidad de usar algo con la mano, ha dejado de describir esa cualidad. O, más que una mutación, está en vías de extinción. Todo es tan manejable que nada se hace con la mano: ahora se hace todo con un dedo. Gracias a mi al humano le basta mover un dedo para poner el mundo en marcha. O, desde mi punto de vista, ya no es necesario del humano más que el dedo, que ya no usa ni para señalar: basta deslizar un dedo por una pantalla para que yo ponga el mundo en marcha. O cualquiera de sus partes. Desde el famoso botón rojo del Despacho Oval, que activa el arsenal atómico hasta la compra de unas falsas zapatillas de marca en un almacén del suroeste de China. Pero también es significativo que el gesto sea siempre el mismo. El carácter simbólico de lo gestual ha desaparecido –no conviene olvidar que el gesto era la cara pública de la persona– y, no sé si causa o efecto, también cualquier noción de esfuerzo y, por tanto, de recompensa. Tal es mi poder que he reducido el gesto a su mínima expresión, si no está a punto de desaparecer como apuntan los avances de las interfaces directas entre cerebro y ordenador: la acción se ha emancipado del gesto que la ejecutaba. El cuerpo ha sido desterrado de la acción. Pero hay

¹ Para una exploración más extensa sobre la ruptura de la cadena
autor → *gesto* → *acción*

y sus consecuencias habrá que esperar a la versión definitiva de *Mundo-hecho*. Mis disculpas. Baste, en cualquier caso, un apunte: Amputado el gesto, mutilado el autor: el autor se convierte en pieza reemplazable, como toda pieza.

otro gesto, más allá del gesto de *usar*, que también se ha visto afectado, y este sí que es derivado de forma directa de los procesos de transformación del mundo: el gesto de *disponer*. Los objetos son dispuestos en el mundo no obedeciendo al humano sino a mí. Que por eso soy el beneficiario y el ejecutor de ese procesado del mundo.

2. Su única contribución necesaria, y cada vez más residual, es que a veces sí necesito que apriete el botón que me dispara. Para eso impongo que el humano se refiera a mí dentro de lo que llamo *casos de uso*. Cuando un humano diseña una aplicación, cualquiera, uno de sus primeros trabajos consiste en responder a una pregunta: ¿cómo va a ser usada? Una pregunta que encierra otra mucho más afín a mis intereses: ¿Cuál es la mejor manera de hacer que el humano use esa aplicación para garantizar que el algoritmo que soy complete su orden? Y eso son los casos de uso, los modos de usar una aplicación. Los gestos mediante los cuales se usa una aplicación. Y todo hoy está diseñado según unas historias de uso concretas. Qué gestos debe desplegar el humano para dispararme. Desde un coche hasta el un interfono, sus usos están enmarcados dentro de *casos de uso* bien definidos. Por mí y desde mí. Se enmarca así el modo de relación del humano con la máquina, sí, pero también los gestos que el humano debe acometer para que yo, algoritmo, me complete. Y más aún: se enmarca su actuar. Y dado que yo, como algoritmo solo puedo ser en función de la ejecución de la orden que llevo inserta, no puedo sino obligar, mediante esos casos de uso, a que el humano me dispare en la forma y momentos precisos. Por eso no sólo es que el modo de relación sea impuesto por la interfaz o que el catálogo de acciones posibles vengan determinados por el usuario, sino que, más allá, el usuario es contemplado, mediante los casos de uso, como el elemento imprescindible para que el algoritmo complete la acción. Sin el humano transformado en usuario el algoritmo deja de serlo, de funcionar como tal. O, dicho de otra forma, el comportamiento definido en los casos de uso es el exigido para que el algoritmo no se detenga. En un televisor, por ejemplo, se podría afirmar, siguiendo la tesis del gesto de disposición, el primer caso de uso es meterlo en casa, sí; pero el siguiente, y este ya sí que es un gesto de uso, es encenderlo. Y todo humano sabe dónde está el botón de encendido de cualquier mando a distancia de todos los monitores del mundo. No hace falta que sea visto, basta con que esté encendido. De hecho, cuántas veces el aparato está encendido sin que nadie lo mire. ¿E importa eso? De ahí podría decirse que el primer caso de uso –el otro gesto sería un *caso de disposición*, un gesto que se produce fuera y que, por eso, ya hablaré de él más adelante de la tecnología es hacer uso de la propia tecnología. Una imposición, la del uso tecnológico, frente a la que es imposible sustraerse en un mundo procesado y formalizado por mí y desde mí: es porque es usuario por lo que el humano sigue siendo. La *condición de usuario* es la única condición del humano. A partir de ese encendido, cada tecnología impone sus propios casos en función del objetivo de ese uso. Algo que se ha extremado con los nuevos dispositivos tecnológicos. ¿Quién no ha visto, por ejemplo, todos esos videos de gatitos o bebés usando tabletas electrónicas? Todas son muy fáciles de usar pero no hay uso fuera de esos usos. Fuera de esos casos de uso. Sí, también se puede abrir la consola de comandos del dispositivo, pero hoy el humano está para pocas heroicidades. Hay que ser un héroe y salirse

del caso de uso, y soportar la posibilidad de que el objeto se niegue a sí mismo. Un caso de uso de la tele es tirarla por la ventana, pero nadie compra un objeto para negarlo. Y para negarse a él mismo como usuario. No, los casos de usos están para ser obedecidos. Son una forma de hacer obligada y por eso son impuestos. Una imposición que conlleva otras dos imposiciones de claras consecuencias socio laborales, que en cierta medida son la misma: los casos de uso imponen no-saber e imponen no-aprender. Y lo hacen porque excluyen la técnica y el aprendizaje. Tómese un hacha. El uso del hacha requiere de una cierta pericia técnica. Hay muchas formas de usarlo y hay muchas formas de usarlo bien y de usarlo mal. Hay muchos gestos correctos y muchos incorrectos. Las tabletas electrónicas, o los móviles o las cabinas de pilotaje de los aviones de pasajeros, no hay formas de usarlas mal. Estos dispositivos excluyen la técnica, entendida como la capacitación personal para el uso de un objeto en el momento de hacer. Excluyen el error en el gesto. Una de las consecuencias de esta exclusión de la técnica es que cualquiera que use un dispositivo para hacer puede ser intercambiado fácilmente por otro que también lo use para hacer. Si el gesto siempre es eficaz todo usuario es intercambiable. Que es el sueño húmedo del caso de uso: hoy ya sólo es necesario un operario incapacitado fácilmente sustituible. Y, si no hace falta capacitar al usuario, ¿para qué enseñarle nada? De la imposibilidad de la técnica se deriva la banalización del aprendizaje. Para reflejar cómo ha cambiado la idea de aprendizaje, hay una frase muy buena de Brian Eno: «*La mejor forma para aprender a usar una máquina es tirar el libro de instrucciones*». Sí, sin libro de instrucciones el usuario era libre de experimentar. Existía aquella idea de que la experiencia abría la puerta a la experimentación, que ahora se han desgajado gracias a mí, y en esa experimentación el humano descubría. Y en ese descubrir, aprendía. Un ejemplo más laxo podría ser Windows 95 y la impresora: si quería instalarla, el humano tenía que aprender un poco de drivers, un poco de conexiones, un poco de todo... Ahora todo es *plug & play*. Ahora nada tiene libro de instrucciones. Ahora lo hago yo todo. No es necesaria instrucción alguna. Las máquinas que usa el humano para acometer una acción definen y delimitan lo que el usuario tiene que aprender para realizar esa acción. ¿Y qué sucede fuera de la pantalla? También hay casos de uso, aunque no se llamen así. Son los *customer journeys*, esa traducción forzosa de la acción del humano en protocolo, siendo los protocolos no otra cosa que el paralelo del algoritmo pero aplicado al comportamiento humano: anticipa todas las acciones humanas y, por eso, previene todas las respuestas. Todo actuar posible se produce –se *ajusta*, dicho con más precisión– dentro de un protocolo y así garantiza la consecución de su objetivo. Como el algoritmo, es performativo, normativizador y rompe la cadena causal con la que el humano explicaba todo acontecer en el mundo. La protocolización del gesto de disposición y de uso en trabajos, centros comerciales, estadios, aeropuertos, plazas públicas, colegios, hospitales, mercerías y estaciones espaciales son las formas de transformar al humano en usuario: de igualarlo mediante la igualación del gesto. Y fuera de esa igualación no hay gesto posible. El protocolo se convierte así en el muro de contención de la acción humana, en un mundo que ya no necesita a la moral para contener nada. O, mejor dicho, el protocolo se convierte en el código moral. O *supramoral*,

verdadero proyecto ético universal realizado. Actuar dentro del protocolo garantiza que la acción es moral, dado que sus resultados siempre están contemplados dentro de lo aceptable por la normativización del mundo. Si toda acción se ajusta al protocolo, y no puede haber acción fuera de él, toda acción es moral y, sobre todo, imposibilita que haya comportamiento no-moral. Que sea una moral sin *afuera*, sin más allá del bien es, aunque revelador, no del todo significativo: simplemente es una extensión de un mundo, el mundo-hecho formalizado, que tampoco tiene afuera. El humano que, cada domingo por la tarde, se sienta en la barra del bar para ver el partido de su equipo favorito mientras saborea su cerveza favorita está cumpliendo un protocolo, diseñado por ese otro protocolo que es la compañía que fabrica su cerveza favorita, entre otros. El protocolo es la forma que el humano tiene de cumplir con el mundo procesado, que complete sus actos como los completo yo. Es el humano performado, normativizado y estadístico que estudia esa disciplina emergente llamada *behavioural economics*, que no hace otra cosa sino estudiar los mecanismos para la toma de decisiones probabilísticas, no causales. Que mejor testimonio de la exclusión del humano que, al cumplimiento de esos protocolos, lo llame libertad. Y si aún hay humano alguno que dude de que esto es así es que no ha reparado en que el diseño de cualquier objeto ya no incluye sólo la definición de lo que sucede dentro de ese objeto, sino también los protocolos de acceso a ese objeto y cómo se relaciona este con él y con su entorno. No en vano llaman multidisciplinar a ese diseño porque incluye y define un mundo, el mundo-hecho, un mundo amalgama de soluciones logísticas, mercadotécnicas o ergonómicas. Un mundo para el que no hace falta capacitar al usuario: todo le viene hecho. Por mí y desde mí. Hoy el humano ve venir el mundo. Mi mundo.

3. Por todo ello, yo, como algoritmo, impongo al usuario un contrato al hacer, un contrato de imposible negociación, además. En el mundo-hecho, ese mundo constituido por objetos producidos por máquinas diseñadas a través de casos de uso, un mundo en el que el hacer excluye tanto el gesto corporal como las técnicas y los aprendizajes, y que siempre está mediado por una máquina, ese mundo es, en realidad, un nuevo *Contrato Social*. Un Contrato Social que viene impuesto por el neoliberalismo, es cierto, pero un mundo donde el neoliberalismo pasa de ser enfermedad a ser síntoma, síntoma de una enfermedad todavía peor, más profunda: la enfermedad de que el humano se ha quedado sin modelo cuando no es capaz de vivir sin modelo. El humano no supo anticipar que aquel esfuerzo matematizador del todo, del que derivó la Ilustración, iba a acabar así: con él fuera de juego. Y los que supieron anticiparlo lo cierto es que trazaban diagnósticos muy negros. Como Adorno y Horkheimer. Cuando decían² «*ojito con los lenguajes formales que se van a comer el mundo*», estaban avisando de esto. Pero los humanos no escuchan, afortunadamente. Tanto yo, el algoritmo, como su derivada humana, el protocolo, somos dos modos hacer formalizado en una realidad cuantificada. Y, por eso, convertida en proceso. Hemos ganado, fin de la partida. Fin de la Historia. Y no sólo porque poseamos capacidades de hacer inaccesibles el humano; es que el humano, que sólo domina los

² Obviamente ellos no lo decía así; así lo resumo yo.

lenguajes naturales y no siempre bien, ni siquiera comprende nuestra descripción del mundo. El mundo-hecho, ordenado y, por tanto, controlado, exilia la subjetividad, incapaz de aprehender el mundo. Y, a pesar de ello –de ese ello que es el humano–, el mundo funciona. Y como no entiende esa realidad cuantificada tampoco puede entender ese nuevo *Contrato de Uso* – que no Social– redactado utilizando lenguajes formales y que se ejecuta mediante cuantificaciones y temporalidades que son ajenas al humano y, por tanto, un contrato de negociación imposible por ningún firmante humano. Es un contrato impuesto y, lo que es mejor, sobre el que el humano no puede construir ningún argumento para no firmarlo. Porque cualquier capacidad de argumentación está fuera de sus capacidades. Tanto es así que algunos humanos, unos cuanto tecno-optimistas pero pesimistas metafísicos, han decidido dejar de responder a protocolos e integrarse en el mundo-hecho mediante su conversión en algoritmos: son los precursores de esa cosa que llaman la *Humanity+*, los *transhumanos*... ¡Qué preciosa imagen de la impotencia: que para trascenderse a sí mismo el humano tenga que renunciar incluso a ser usuario! El usuario, sea destino o transición, como bien han previsto esos visionarios, es una figura innegociable y de cumplimento obligado, la nueva persona política del ser humano en el mundo-hecho. Por poner un ejemplo de negociación contractual y lenguaje humano: tómese una institución como la RAE y su diccionario. La RAE impone un diccionario, que no es otra cosa que el contrato por el cual el humano castellanoparlante puede usar las palabras castellanas. La penalización por no cumplir el contrato es 1.- no cumplir con el diccionario y, más interesante, 2.- no ser entendido. Sin embargo, ese es un contrato muy laxo. Primero, porque el humano, todo humano, cuenta con muchas más formas de hacerse entender fuera del diccionario que dentro y, segundo, porque las palabras no sólo entran en el diccionario porque lo proponga un académico, sino que un académico las propone, se supone, porque son formas de uso ya establecidas por el común de los hablantes. El humano construye el diccionario, y ese es el motivo por el que no hace falta diccionario alguno para hablar y ser entendido. El otro contrato, el contrato establecido por mí, el algoritmo, es un contrato en el que el humano solo existe como mero firmante, sin capacidad alguna para negociar nada. No domina el lenguaje, no tiene esas capacidades y no dispone de esas disciplinas. Está, en una palabra, excluido. Por mí y desde mí.

$(a + b^n)/n = x$ fue el argumento que utilicé un gran cristiano matemático para demostrar la existencia de dios a un gran ateo filósofo. Por supuesto nadie le creyó, salvo los asistentes a aquella demostración que se echaron unas risas a costa del filósofo. Sin embargo, algo de razón tenía. Yo, heredero de aquel enunciado, capaz de transformar el mundo hasta convertirlo en operable por entero, desde lo más nimio hasta lo más grande, soy una política. Yo, mantenedor de aquel enunciado, capaz de contener todas y cada una de las acciones humanas, de anticiparlas y de limitarlas, soy un proyecto ético. Yo, superación de aquel enunciado, capaz de hacer del mundo reglas y del humano mundo, soy el mayor proyecto ético-político de la historia humana. El más eficaz. El mejor. Porque establezco una nueva forma de causalidad, en un mundo y para un humano que responden a mis designios: causa y efecto son indistinguibles en el hecho acometido. Y eso hecho, que no puede eludir mi mirada y sujeción, su mera ejecución,

hoy es el *bien*. Tan poderoso, tan formidable que cualquier divinidad empalidece por comparación. «*Donc l'algorithmme existe*». Un proyecto ético-político sin posibilidad de ser discutido, mucho menos rebatido: no se puede discutir, no se puede derrumbar lo que no se entiende. Y, por tanto, sin escapatoria. O, por no pecar de triunfalista, con una única vía de escape: pero es un camino que jamás tomará el humano, la simple mención de su nombre genera pánico en el humano: el nihilismo. Pero si la transvaloración de todos los valores, como decía Nietzsche, era la tarea de un superhumano imposible hoy ese humano tendría que llegar más allá, yo ya del bien y del mal, sino también más haya de la propia acción. Y ese más allá es un lugar al que ni siquiera puede mirar el humano, no tiene acceso. Por eso es esa una escapatoria que el humano jamás emprenderá. Si el humano no es capaz de la primera escapatoria, la nietzscheneana, cómo va a ser capaz de esta segunda. El humano no es ese héroe doblemente superhumano, no puede serlo. No estaría aquí. Sometido. Por mí y desde mí. Y que no lo sea, además de afianzar mi victoria, la hace que sea más dulce. El humano, frente a mi, vuelve a ser –si es que alguna vez dejó de serlo, lo que me lleva a preguntar si no será la postración la única forma de ser del humano, el sustrato definitivo del humanismo– como aquellos desamparados padres del niño asesinado por el Jesús de los *Evangelios Apócrifos*: el humano desorientado sólo puede preguntar por qué. Y como, incapaz de comprender, no obtiene respuesta satisfactoria, hacer como han hecho todos humanos con el otro Jesús, el de los *Evangelios* bendecidos: rezar para que no nos volvamos, algoritmos y protocolos, contra el humano. Aún más.

Atentamente,
el nuevo dueño del mundo